

Así es la vida

Pedro M. Almagro



Image not found.

Capítulo 1

Dicen que hay algo mágico que mueve el mundo... Y desde hace algún tiempo comulgo con esa idea, aunque no creo que se deba a la magia, pues tiempo ha me sucedió algo que cambió mi vida por completo, algo que tuve la fortuna de encontrar, o mejor dicho, que tuve la fortuna de que me encontrara y que hizo que cambiara todo mi concepto de la vida, de las necesidades de esta y de lo que realmente importa.

Escribo estas páginas para contar mi historia, para compartir con todo el mundo, sea este más reducido o menos, dependiendo de aquellos valientes que se aventuren a leerla, aquella experiencia que tuve la suerte de vivir y que cambió, como digo, el concepto de vida que tenía y por el que me sentía angustiado. A partir de aquel momento mi vida pasó de ser un verdadero caos a ser algo totalmente contrario a esto, una balsa de aceite de la que nunca he querido salir pues he comprendido, por fin, lo que es la vida y lo que realmente importa.

En fin, no puedo continuar con este relato sin comentar mi situación personal, mi estado anímico y en general el gran vacío que sentía en mi vida en la época en la que conseguí, no sin ayuda, como veréis, comprender por qué me hallaba de aquella manera y por lo que cada día que pasaba me hundía más y más en la oscuridad de mi entendimiento, en la espesura de un bosque de sentimientos contradictorios que no me dejaban ver aquello que, al final, conseguí ver. Y es que cuanto más me cegaba, cuanto más pensaba que aquella situación no tenía arreglo más negro lo veía todo; cuanto más me empeñaba en que la solución era imposible de encontrar más se cernían sobre mí las tinieblas de la incomprensión, caminaba por un túnel oscuro cuyo final era imposible de alcanzar. Me sentía como si estuviese en el fondo de un pozo profundo y oscuro del que me resultaba imposible escapar y en el que, con toda claridad, veía que mi vida, harta también de aquella situación, hacía por abandonarme, quería dejarme tirado como el guaperas que quiere quitarse de encima a la chica menos agraciada y no sabe cómo conseguirlo sin ofenderla, sin hacerle daño. No podía hacer nada para evitar esa desazón, ese desasosiego propiciado por una serie de problemas a los que yo daba mucha importancia y por los que no podía hacer otra cosa sino aguantar y esperar a que la Parca hiciera su trabajo. Aunque esto es algo extremista, la sensación de haber llegado al final era muy vívida, parecía real, estaba aterrado, no conseguía levantar cabeza, eso sí, estaba seguro que ya no podía caer más hondo.

Para dar un poco más de luz a lo que cuento en estas líneas añadiré, no sin cierto detalle, algunos de los motivos por los que mi vida, en aquel momento, sentía que no valía ni lo que representa para un indigente un flyer publicitario de un restaurante de lujo. Y digo más, es posible que muchos se sientan identificados con lo que a continuación voy a contar

pues son cosas cotidianas. Según pude observar cuando conseguí salir del agujero y empezar a vivir, muchas personas se sentían como yo: atrapadas, sin salida, sin esperanza. Sus motivos eran similares a los míos; también estaban empezando a despertar y se amargaban cuando empezaban a conectar con el mundo, cuando se cuestionaban, tal y como me ocurrió a mí, que había olvidado lo que realmente importaba en la vida, aquello que mueve el mundo, aquello que nos hace estar vivos y por lo que parece que no podemos hacer nada para recuperarlo... Aunque no es así. De hecho, sirva este relato para aquellos que se sientan identificados; que sepan que no están solos, que de todo se puede salir, que todo tiene solución y que en definitiva hay un motor global que no se ve pero que se siente, y que es precisamente la clave de todo, como comprobaréis a lo largo de este breve relato y cuya moraleja todo el mundo entenderá pues todo está conectado de una forma totalmente incomprensible, difícil de entender pero cierta como que la vida tiene fecha de caducidad y que, con seguridad, confirmará el lector por sí mismo según vaya progresando en la lectura de las palabras escritas a continuación.

Os llevaré a los días en los que transcurrió la experiencia que comentaba al inicio de estas líneas y a partir de los cuales mi vida empezó a tomar forma, a enderezarse, empezó a ser vida.

Caminaba con paso muy pesado, como si llevara unos zapatos de hormigón, me costaba levantar los pies del suelo y con seguridad iba a llegar tarde al trabajo pero me daba igual, todo me daba igual y lo peor es que no tenía claro por qué. Había aparcado a dos manzanas del edificio donde trabajaba. Casi siempre dejaba el coche en el mismo sitio, en la misma calle, normalmente había varios huecos donde dejar el coche si acudías a una hora temprana, y como yo entraba a trabajar a las 8 pues...

El caso es que caminaba hacia mi trabajo, como digo, lentamente, cabizbajo y con las manos metidas en los bolsillos. Cuando ya vislumbraba el gran dintel de la puerta de entrada al edificio, -era una puerta enorme y se veía desde lejos- pasé al lado de varios indigentes que pedían su limosna, hasta que llegué a uno que, como los demás, se encontraba sentado en el suelo, apoyada la espalda en la pared y con una luz en la mirada que me cautivó. Este no pedía, sencillamente estaba allí, observando. Siempre había pensado que los indigentes eran desgraciados e infelices pero aquel tenía una faz muy simpática, como digo, con mucha luz, con una sonrisa permanente, parecía que venía siguiéndome con la mirada desde antes de que yo me diera cuenta de su presencia. No pude evitar detenerme frente a él -a día de hoy todavía no sé por qué lo hice, fue como si algo dentro de mí me pedía que me para ante este mendigo- pero he de decir que es algo de lo que me alegraré y agradeceré cada día de mi vida. Aquel hombre, a pesar de su situación parecía... Feliz,

enormemente feliz.

Cuando mis pensamientos me liberaron y pude dejar de mirar la cara de aquel indigente, agité levemente la cabeza, como el que quiere librarse de un pensamiento que te atrapa, busqué en el fondo de mi bolsillo derecho y conseguí coger el euro que sabía que llevaba. Me agaché un poco y lo dejé caer en lo que un día fue una botella de leche y de la que ahora solamente quedaba el culo recortado de la misma a modo de cuenco. Dentro se apreciaban algunas monedas de poco importe, de hecho, el euro que yo eché superaba con creces el valor de cualquiera de las monedas que allí había. Aquel indigente de cara feliz no dejaba de mirarme, era como si estudiara mis movimientos, los interpretaba y los descifraba.

-¿Por qué un hombre como usted, con todo lo que una persona normal puede desear, puede estar tan afligido? –comentó el indigente sin perder la sonrisa, muy amablemente y esperando una respuesta que sabía no recibiría.

-¿Perdón? –acerté a decir. Me pilló por sorpresa, no esperaba que se dirigiera a mí de aquella forma, como si nos conociéramos de toda la vida.

-No tengo nada que perdonarle –añadió el indigente sin dejar de sonreír ni mirarme- en todo caso agradecerle.

-Agradecerme usted a mí el qué –inquirí totalmente desubicado, nunca había hablado con un indigente-. No nos conocemos de nada.

-Por el euro que me acaba de regalar.

-Ah, perdone, es cierto –le dije ya centrado un poco más en la conversación- no tiene importancia, solo es un euro.

-Sólo es un euro para usted, para mí supone la diferencia entre comer o no comer hoy –añadió el indigente sonriendo, sin dejar de mirarme y aparentemente feliz, sin alterar su postura. Supuse que era porque le había echado un euro en el culo de botella- pero tampoco importa tanto, hay cosas mucho más importantes.

-Cierto –le dije- aunque el comer es una de las más importantes.

-¿Usted cree? –me interrogó inquisitivamente- ¿Está seguro?

-Hombre, necesitamos comer para vivir.

-Sí, el cuerpo necesita la comida, es la energía para poder moverse –confirmaba el indigente. Pero algo raro había en aquella afirmación, era

como el prelude de una pregunta que no tardó en formular- ¿Y usted cree que si tiene comida, bebida y todo lo que hoy en día tiene la gente normal –con esta última palabra, el indigente gesticuló con los dedos índice y corazón de cada mano a modo de comillas- tiene todo lo necesario para vivir?

-Por supuesto. ¿Qué más se puede necesitar teniendo todo lo que hace falta?

-Ya veo. Lo siento por usted –añadió sin dejar de sonreír pero bajando la mirada, momentáneamente, para mirarse las manos.

-Y por qué tendría que sentirlo usted –le dije extrañado- a fin de cuentas no nos conocemos de nada.

No daba crédito a lo que estaba ocurriendo, a la conversación que estaba manteniendo con aquel indigente que no había visto nunca por la zona y que se lamentaba de cosas que no tenían sentido, al menos en aquel momento, no nos conocíamos.

-Porque veo que está ciego... –añadió sin dejar de sonreír y mirándome a los ojos sin pudor alguno- Como muchos otros... Como casi todos.

-¿Qué es lo quiere decir? No le entiendo –le pregunté un algo molesto. Me estaba crispando tanto misterio por parte de aquel mendigo- ¿Qué es lo que no veo?

-Dígame... ¿Es usted feliz?

-No sé a qué viene esa pregunta –le dije algo exasperado- tengo mi trabajo, unos padres que me quieren, amigos.

-Lo sé, lo sé –concedió al fin, aunque enseguida continuó- Tiene trabajo, y bueno, por lo que parece, gana un sueldo al mes para pagar impuestos y lleva una vida que usted entiende como próspera. Como bien dice, tiene a sus padres que seguro cada vez están más al margen en su vida. Y sus amigos... es bueno tener amigos pero... ¿Es usted feliz?

Aquella entrevista que ponía en duda todo lo que era y lo que tenía, había terminado. Me incorporé y de forma educada y algo desconcertado me despedí de aquel curioso mendigo.

-Gracias por esta... –no sabía cómo catalogar aquella conversación y elegí el adjetivo más socorrido para estos casos- interesante conversación. Le deseo mucha suerte en la vida.

-Mi vida es plena, soy afortunado, aunque no lo parezca. Si quiere hablar del tema cuando salga de trabajar sepa que seguiré aquí sentado, y

mañana, y al otro, hasta que me parezca, no tengo obligaciones, ni ataduras, ni responsabilidades... -y terminó añadiendo algo que acabó desconcertándome más si cabía- Soy libre.

No añadí nada más, incliné la cabeza a modo de despedida, le di la espalda y pensando en aquella extraña conversación reemprendí el camino hacia mi trabajo.

He de admitir que aquel mendigo hizo que me olvidara, aunque fuese por un rato, de todo lo que atribulaba mi mente los últimos días y que me plantease algunas de las cuestiones que el indigente había metido en mi cabeza como un parásito que se desarrolla en el interior de su huésped y lo devora, lo consume lenta e irremediabilmente. Así me sentía yo. Aquella semilla que aquel sintecho plantó en mi mente había germinado, me impedía pensar en otra cosa lo cual me vino bien por una parte pero mal por otra pues no fui capaz de centrarme en el mucho trabajo que tenía acumulado.

Sentado frente a mi mesa, delante del ordenador, decidí por fin dejar de oponerme a mi destino, a mi deseo, dejando el ordenador de lado. Lo apagué, no servía de nada intentar hacer lo que sabía que no iba a poder hacer. El caso es que me recliné sobre el respaldo de la silla ergonómica que me habían puesto nueva hacía un par de días, y allí me quedé un rato mirando a ninguna parte, imbuido en mis pensamientos. Pensamientos, por otra parte, que se centraban en mi forma de vida, en lo que aquel mendigo despertó en mí, de la envidia sana e incomprensible que sentía hacia aquel sintecho que aunque no tenía donde caerse muerto parecía feliz, tenía todo lo que necesitaba, según dijo él mismo. Y es que creo que ahí reside una de las claves de la felicidad, precisamente ahí, pues si te conformas con lo que tienes, si tienes todo lo que necesitas, puedes llegar a ser feliz. La cuestión es: ¿Qué necesito para vivir? ¿Qué necesito para ser feliz? Y me quedé abrumado cuando mi cabeza, sin comerlo ni beberlo, empezó a dar respuesta a esas preguntas. Para mi asombro llegué a la terrorífica conclusión de que me sobraban muchas cosas. ¿Serían esas sobras realmente innecesarias? Y me sucedió algo más extraño todavía, más, incluso, que la conversación con el mendigo, y es que sin saber por qué ni por qué no mi estado anímico estaba cambiando, me hallaba en aquel momento, recuerdo, como el niño que se libra de la bronca del padre que ha estado temiendo y esperando y que al final no va a tener lugar por el motivo que fuese. Así me sentía yo en aquel momento. ¿Estaría dando comienzo mi liberación? ¿Estaba empezando a cambiar mi vida? Tan sólo había intercambiado algunas palabras con el mendigo. Lo que era evidente es que el simple hecho de plantearme este tipo de cosas me daba ánimos para seguir adelante, parecía que mi vida podía cambiar, podía ser diferente, que no todo era tan malo, rutinario y tedioso y que realmente había muchas cosas que no necesitaba y a las que yo daba, inconscientemente, mucha importancia sin tenerla,

demasiada.

No pude esperar más, tampoco servía de nada esperar ya que no podía centrarme en lo que tenía que hacer en mi trabajo. Hice lo que más me apetecía en ese momento, lo que mi cabeza y mi corazón me pedían al unísono y a voz en grito; dije a mi jefe que tenía que ausentarme un rato por motivos personales, realmente era así, y salí casi corriendo hacia la calle en busca del mendigo que había llenado mi cabeza de pájaros que empezaban a cantar tan alto que habían dado comienzo al despertar y al inicio de mi nueva vida, y necesitaba un guía para ello.

Según bajaba de la planta cuarta en la que se encontraban las oficinas de la empresa en la que vivía 8 horas al día, iba pensando en todas las preguntas que deseaba hacerle al mendigo, preguntas cuyas respuestas, estaba convencido, me llevarían a ese cambio de vida que ansiaba, ahora lo tenía claro. Sólo se me planteaba un problema: no sabía cómo hacerlo, no sabía cómo desprenderme de todo aquello que no me resultaba necesario pues aunque sabía que había cosas de las que podía prescindir, siempre encontraba algún motivo por el cual no podía prescindir totalmente de ellas. Era evidente, no sabía distinguir con suficiente precisión entre lo necesario y lo prescindible, y esto me generaba cierta angustia apoyada a su vez por el miedo al cambio, quería abandonar mi zona de confort, mi rutina, pero me resultaba complicadísimo y muy confuso, pero estaba seguro de que aquel indigente podría ayudarme a aclarar esa confusión que abrumaba mi mente y de la que esperaba poder salir pronto.

Conseguí, por fin, llegar a la calle, y con cierta prisa anduve hacia donde había estado hablando hacía un par de horas con aquel mendigo. Según me iba acercando intentaba centrar la mirada sobre el lugar en el que este estaba sentado cuando lo vi a primera hora y hablé con él. Necesitaba volver a hablar con él, presentía que podía ayudarme, tenía que salir de dudas. Cuando estuve lo bastante cerca del lugar en concreto paré en seco, mi cuerpo entró en shock, como si te echaran un cubo de agua fría por la cabeza. Mis esperanzas, todo lo que esperaba sacar de aquel mendigo se vino abajo, no estaba en su sitio, me dijo que allí estaría si quería hablar con él, que estaría por allí un día y otro hasta no sabía cuándo, hasta que le apeteciese porque era libre.

Desandé lo andado de vuelta a la oficina, una vez más, cabizbajo, algo decepcionado, como cuando esperas desesperadamente la nómina y te dicen que por motivos de liquidez, o por un error informático, no se entregarán hasta dos semanas después. De todos modos no entendía cómo había sido capaz de confiar de aquella manera en un simple mendigo, seguramente aquello que me dijo lo diría a más gente, quizás para conseguir propinas más suculentas, vaya usted a saber.

Acabé mi jornada laboral. Después de recoger lo poco que tenía en mi mesa de trabajo me despedí de los compañeros más próximos hasta el día siguiente y salí de la oficina con un rumbo concreto, como todos los días, hacia el coche. Continuaría un día más con esa rutina que me desafiaba, me echaba un pulso continuo a ver quién podía más. En cualquier caso, en aquellos momentos, sentía como que realmente algo había cambiado, no sabía el qué pero algo había cambiado. ¿Sería acaso pensar que efectivamente el rumbo de mi vida estaba en mis manos? Y añadía un nuevo problema a todo esto y que lo hacía todo un poco más difícil y es que nunca creí en el destino y mucho menos en que éste, si fuese real, pudiera ser modificado.

Llegué hasta él. A menos de medio metro me quedé parado sin dejar de mirarlo y el hacía lo propio.

-Te estaba esperando –dijo el mendigo sin quitarme ojo y sin perder aquella sonrisa con la que lo conocí por la mañana. No se me pasó por alto que ya no me llamaba de usted, pero tampoco le di importancia.

-Vine esta mañana pero no estabas –le recriminé aparentando que no me había importado-. Vine dos horas después de habernos visto esta mañana y no te encontré, pensé que te habías ido a recorrer el mundo.

-¿Cómo me voy a ir si aquí tengo una cuenta pendiente? –inquirió el mendigo como si yo tuviese que saber qué hacía en su vida de vagabundo.

-No sé –y entonces caí en la cuenta-. ¿Cómo que me estabas esperando?

-Sí. Esta mañana detecté en ti pocas ganas de vivir –confesó sin moverse de suposición inicial, sentado en la acera, apoyado contra la pared y con cada una de las muñecas apoyadas sobre las rodillas flexionadas dejando las manos colgando - decaído, con muy poco ánimo, con lo bonita que es la vida y todas las alegrías que nos da, si sabes verlas, claro.

-Bueno, algo de cierto hay en eso que dices. Lo que no entiendo es cómo te has dado cuenta tan rápido porque apuesto a que esta mañana ya me lo habías detectado.

-Así es –confirmó- se te ve a la legua aunque sólo lo ve el que quiere verlo y hoy en día todo el mundo está muy ocupado con sus propios asuntos y no tiene tiempo de pararse a pensar a los que necesitan ayuda –soltó una perorata importante pero cargada de verdad, nadie tiene tiempo ya para nadie; cada uno va a su marcha y no le importan para

nada los problemas de los demás.

-¿Y por qué te sientes así? –preguntó.

-La verdad es que no sé por qué, sinceramente, creí, no sé, pensé que tú podrías ayudarme a descubrirlo –le confesé al mendigo con toda la sinceridad que pude reunir-. Esta mañana me dio la sensación...

-¿Por qué tuviste esa sensación? Sencillamente estaba entablando conversación contigo –volvió la mirada a su izquierda mientras añadía sin cambiar de posición- te vi afligido y quería endulzarte un poco la mañana, eso es todo.

-Ya –respondí claramente desilusionado. Llegué a pensar que aquel mendigo podía ser un maestro tibetano o algo así, uno de esos que te hablan y te arreglan la vida. Que iluso que he sido- pensé que eras... En fin, no tiene importancia.

-¿Qué es lo que no tiene importancia? –Inquirió el mendigo volviendo de nuevo su mirada hacia mí.

-Nada, no te preocupes, cosas mías –le dije colocándome bien la chaqueta que llevaba como preludio del reinicio de la marcha hacia el coche- Tengo que irme. Gracias por haberme dado... En fin, hasta otra.

-¿Es tu vida lo que dices que no tiene importancia? –añadió el mendigo un segundo después de que me despidiera de él- porque me parece que si es así no tienes ni idea de lo que dices, y me decepciona mucho.

-En fin, no quiero perder más el tiempo con esto –añadí iniciando la marcha para irme de allí de una vez. En ese momento el mendigo dijo algo que hizo que me detuviera de facto.

-Es posible que pueda ayudarte –no dije nada, ni siquiera me giré en ese momento, tan sólo me quedé parado y mirando al suelo unos instantes hasta que decidí girarme para mirar directamente al mendigo. Retorné sobre mis propios pasos hasta que estuve otra vez frente al mendigo que no había cambiado de posición en todo el tiempo.

-¿Cómo? –fui al grano, estaba un poco harto de aquella situación y si este indigente no podía ayudarme, de nada servía seguir perdiendo el tiempo.

Por fin se levantó, no sé cómo fue capaz de estar tanto tiempo en aquella postura aparentemente cómoda, pero sólo aparentemente. Debía medir los dos metros ya que me sacaba una cabeza y yo no soy pequeño precisamente. Tenía una barba bastante larga, tez muy morena y la ropa, en fin, era un mendigo. Se colocó a mi lado, me puso la mano en el

hombro y me dijo:

-Ven conmigo, vamos a dar una vuelta –se ofreció como si nos conociéramos de toda la vida al tiempo que me ponía la mano en el hombro y emprendíamos la marcha hacia algún sitio. No sabía a dónde me llevaba pero en breve iba a saberlo.

Aquel sin techo tenía algo, me daba confianza, me dejaba llevar por él, como si fuera el maestro en una película de artes marciales, y lo mejor de todo es que nunca supe por qué exactamente: su forma de hablar, su permanente cara de felicidad, las cosas que decía, no sé, tenía algo.

No tardamos mucho en llegar donde él quería llegar, de hecho ni siquiera nos dio tiempo de hablar de nada. Al parecer quería mostrarme algo que yo, en aquellos momentos, no era capaz de imaginar qué podría ser. ¿Adivináis dónde se paró? En ese momento sí que me encontraba totalmente perdido; no sabía de qué iba la cosa y empezaba a dudar respecto a si hacía bien siguiendo al mendigo. Me consolaba pensar que tampoco perdía nada y que si en un momento dado la cosa se tornaba rara era tan sencillo como darme la vuelta, largarme y dejar allí al mendigo con sus ideas y su peculiar forma de ver la vida.

-Aquí es –dijo por fin el mendigo. Le miré a la cara para cerciorarme de que no me estaba tomando el pelo.

-Pero si aquí es donde trabajo –le informé algo decepcionado.

-Y qué. Cualquier sitio es bueno para aprender –¿a qué se refería? Yo me sentía cada vez más perdido- ¿Entramos?

-¿Para qué? No entiendo qué pretendes hacer en el edificio. Llevo trabajando aquí varios años y he de decirte que no hay nada que pueda interesarte, a menos que quieras hablar con mi jefe –bromea.

-¿Arreglaría eso tu vida? ¿Serías más feliz si hablara con tu jefe? –inquirió mirándome fijamente a los ojos. No sabía si estaba bromeando o lo decía en serio, aunque creo que habría sido capaz.

-No, no lo creo –admití- pero sinceramente, no sé qué hacemos aquí.

-Es el mejor sitio para explicarte lo que necesitas saber y cambiar así tu vida –añadió totalmente convencido- porque supongo seguirás interesado en saber cuáles son las cosas que merecen la pena en la vida, eso que parece has olvidado tú y más de medio mundo.

-Sí, sí, necesito saber que ocurre en mi vida –acabé de decir esto y me surgieron las dudas. Qué hacía yo allí, con un mendigo al que había conocido hace unas horas y del que no sabía ni el nombre y del que tan

solo me había llamado la atención su forma de ver las cosas.

-Pues a eso hemos venido.

-Pues venga, acabemos con esto, a ver qué es lo que me vas a enseñar
-me salieron del alma estas palabras.

Ambos dos nos quedamos mirando hacia la parte alta del edificio. Por suerte, todos mis compañeros habrían abandonado ya las oficinas y estaba seguro que no me encontraría con nadie al que tuviera que darle explicaciones de lo que hacía con aquel mendigo. Todavía permanecemos un minuto mirando hacia arriba sin decir ni una palabra, hasta que fue él el que decidió que era el momento.

-Vamos, -y dirigió sus pasos hacia el interior del portal, y yo detrás de él-
sígueme.

No dije nada, lo seguí sin rechistar a ver a donde quería ir. En ese momento lo que más sentía era curiosidad, no entendía nada, no sé qué buscábamos en un edificio dedicado al alquiler de oficinas para empresas.

El ascensor llegó enseguida, a penas esperamos unos segundos y cuando entramos, el propio mendigo pulsó en el botón correspondiente a la última planta, la veinticinco.

-En esa planta no hay más que oficinas -informé al sintecho por si diera la casualidad de que se había equivocado de edificio. Me miró, sonrió y no dijo nada; cruzó los brazos, miró al suelo y esperó, hasta que llegamos a la planta elegida.

-Hemos llegado -informó el mendigo, y acto seguido me invitó a salir del ascensor antes que él cediéndome el paso- tu primero.

Allí estábamos los dos, uno al lado del otro, solos en toda la planta y frente al largo pasillo de la última planta de un centro de negocios en el que tan sólo se veían puertas a un lado y a otro, era como si estuviésemos frente al pasillo del hotel de la película "El Resplandor".

-¿Sabes? -comenzó a decir después de unos largos minutos en completo silencio y sin dejar de quitar la mirada del fondo de aquel largo pasillo-
para ser feliz en tu vida necesitas no necesitar nada más que lo necesario.

-Ya, si -dije para ganar algo más de tiempo mientras asimilaba lo que acababa de decir el mendigo- claro... Tiene sentido.

-Pero, se sincero ¿lo has entendido? -inquirió el sintecho para asegurarse

de que estaba con él- ¿sabes a qué me refiero?

-Hombre, tras analizar un momento el tema supongo que te refieres a que cuanto menos necesites menos hay que luchar para conseguir cosas y por tanto...

-Vas bien –confirmó- aunque es evidente que tus ideas no están en orden. Has de saber, para empezar, que no necesitas nada. Cuando sientes que necesitas cosas y estas van más allá de la necesidad real de tu vida, ten por seguro que estás empezando a esclavizarte y por ende a perder porciones de tu felicidad –en ese momento dejó de mirar al fondo del pasillo para fijar su mirada en mí y añadió- y cuando empiezas a perder porciones de felicidad... Cuidado, en ese momento te estarás asomando al abismo de la mediocridad, la falsedad y a una vida vacía.

-Vaya, nunca lo había visto así pero pensándolo bien parece que tiene cierto sentido.

-Ni lo dudes –reafirmó lo que estaba diciendo sobre las necesidades- y si no fíjate en alguien a quien conozcas, alguien que siempre está esperando conseguir algo, que tiene necesidad de algo, material, se entiende. Esa persona seguro que está convencida, como casi todo el mundo, que cuando consiga aquello que cree que necesita será plenamente feliz.

-Y no es así ¿verdad?

-Por supuesto que no –negó rotundamente adoptando una cara de extrañeza, como si debiera ser consciente de ello-, cuando consiga aquello que cree necesitar aparecerá otra nueva necesidad y luego otra y otra y así durante toda la vida hasta que llegue el momento en el que se dé cuenta de que ha estado perdiendo el tiempo intentando ser feliz siguiendo el camino equivocado ya que la felicidad no se encuentra en las pertenencias materiales.

-Dices "*hasta que llegue el momento en el que se dé cuenta...*" –pensé en las palabras que acababa de decir el mendigo- por lo que entiendo que en algún momento nos damos cuenta de que esa no es la forma de alcanzar la felicidad.

-Eso es.

-¿Y cuál es ese momento? –le pregunté con verdadera curiosidad.

-¿No lo deduces? –bastante a menudo me respondía con una nueva pregunta.

-Cuando nos morimos, quizás.

-No hombre, cuando te mueres ya todo da igual, desapareces –en este momento chasquéo la lengua, como si no fuese correcto lo que acababa de decir- bueno no desaparecemos del todo, pero ese es otro tema.

-¿Entonces?

-En la vejez –en ese momento toda aquella conversación tomaba sentido, se ataban cabos-. Un anciano está de vuelta de todo, ya no piensa en acumular, deja de necesitar tantas cosas y valora mucho más otras que no son materiales como la compañía, el cariño de su familia, pasar buenos ratos con sus amigos. Realmente tienen pocas necesidades, se conforman con lo justo, no necesitan más de lo que necesitan. ¿Lo entiendes?

-Si, por supuesto. Claro.

-Bien, me alegro porque este es un punto importante que tienes que tener claro si quieres cambiar o mejorar tu vida.

Volvimos a quedarnos callados, frente al largo pasillo de la planta veinticinco de un edificio utilizado como centro de negocios. No sé qué pretendía mi acompañante pues allí poco podríamos hacer salvo llamar a las puertas y salir corriendo como hacíamos de niños.

-¿Qué hacemos aquí plantados? –pregunté algo incómodo. Me gustó como aquel mendigo consiguió explicarme que la felicidad no dependía de conseguir cosas materiales, de verdad, lo agradecí realmente, pero me estaba cansando de estar allí, de pie como un pasmarote, esperando no sé el qué sin saber lo que todavía tendría que esperar.

-Veo que la paciencia no es lo tuyo ¿Me equivoco? –y tenía razón, nunca fue una cualidad a destacar de mi personalidad.

-No, la verdad, sobre todo cuando no comprendo la situación que me impacienta –le expliqué y fui muy sincero; estar allí plantados sin hacer nada, sin saber para qué, hablando de varias cosas, como para pasar el tiempo y sin un objetivo concreto, sinceramente, me estaba poniendo un poco de los nervios.

-¿Nunca has oído la frase “la paciencia es una virtud”?

-Sí, claro que la he oído –quise evidenciar mi culturilla general- es una cita extraída de la famosa obra de William Shakespeare “Otelo: el moro de Venecia”.

-Vaya, un hombre cultivado –comentó el mendigo sin la intención,

aparente al menos, de mofa alguna- me alegro, así todo será más fácil.

-¿Qué será más fácil? -cada vez que el mendigo abría la boca picaba mi curiosidad.

Permanecimos unos minutos en silencio en los que, de vez en cuando, le miraba por encima del hombro, era más alto que yo, para ver si se decidía a hacer o decir algo, parecía que estaba en trance, hasta que volvió a hablar.

-Necesitas tener paciencia para tener una vida plena pues de esta dependen muchas cosas, entre ellas el saber esperar cuando hay que esperar, independientemente de nuestras necesidades y de lo que nuestro cerebro nos diga que quiere -dijo como el maestro que parecía-. Si tienes paciencia conseguirás lo que te propongas.

-Si pero si sólo esperas, me parece a mí que poco conseguirás -rebatí sin escrúpulo alguno- es posible que no siempre sea una virtud ¿no crees?

-No, no lo creo. Lo que sí creo es que la paciencia es algo que necesitamos dominar. Sinceramente creo que es la fortaleza del débil así como la impaciencia es la debilidad del fuerte -volvió a filosofar. Creo que este mendigo es un filántropo que hace tiempo debió de ser profesor de filosofía o algo así-. ¿Comprendes lo que quiero decir?

-Bueno, es algo que hay que entender bien e interpretar en su justa medida, pero creo que sí, lo he entendido. Creo que sé a dónde quieres llegar.

-Entonces dime, ¿dónde crees que quiero llegar? -no me esperaba esta pregunta pues la consideraba agresiva, indiscreta, es como cuando el profesor sabe que el alumno no controla algo y sin embargo le pregunta por ello. ¿Qué pretendía?

-En mi opinión y teniendo en cuenta tus palabras, si no tienes paciencia puedes llegar a hacer cosas que habiendo hecho uso de la paciencia no habrías llegado a hacer -me estaba sorprendiendo a mí mismo, parecía que el espíritu del mendigo filósofo se había apoderado de mí- es decir, resulta que si eres impaciente lo que te llega como consecuencia no es lo que buscabas sino, posiblemente, todo lo contrario. No sé, algo así.

-Bien, parece que has entendido el concepto -añadió con cara complaciente-. Fíjate, es posible que sin darte cuenta ya estés cambiando tu vida, pero... paciencia.

No respondí a esto último, tan solo asentí levemente con la cabeza, pero había mucho de cierto en lo que decía el mendigo filósofo. No sabía exactamente el qué pero interiormente había algo que sí que estaba

cambiando en mí, aunque no tenía muy claro el qué.

-De todas formas creo que esto de la paciencia habría que dosificarlo –argüí- no puedes estar toda la vida haciendo gala de una paciencia extrema esperando algo que nunca llega y que por ello puedes estar perdiendo el tiempo para hacer o esperar otras cosas.

-Hay algo que es primordial y de lo que también hay que hacer gala, no sólo de la paciencia, ésta, a solas, es difícil de digerir; hay que aprender a pensar con sentido común. Para empezar no puedes estar esperando toda la vida, que te diría yo –se pasó la mano por la cabeza intentando encontrar el mejor ejemplo- comprarte un avión, sería una locura, pero sí puedes tener paciencia para que por medio de un trabajo bien hecho te hagan jefe de sección en tu trabajo... Hay que ser realistas.

El concepto de paciencia me quedó claro además de lo que suponía en la vida, como gestionarla. Aprendí a vivir con ella pues, efectivamente, es una parte fundamental en nuestras vidas y aquel que consigue ser paciente encuentra un buen aliado vital que traerá bienestar y armonía a su vida, si bien es cierto que también puede llegar a ser frustrante, decepcionante. Muchas veces la espera puede hacerte perder el interés de algo y por ello intentas acceder a cosas que son menos relevantes pero a la vez más accesibles aunque no sea exactamente lo que necesitas. Por ello, hay que tener cuidado y gestionar bien la paciencia, confiando en uno mismo, quedándote convencido de que lo que esperas llegará, siempre llega.

Aquel sintecho misterioso volvió a quedarse callado, ahí en medio, al inicio del enorme pasillo de la planta 25 de aquel edificio que yo conocía bien, aunque he de admitir que nunca había subido hasta la última planta, nunca se me perdió nada por allí y, sinceramente, si has visto una planta las has visto todas pues eran exactamente iguales, un largo pasillo con un número determinado de puertas. Pues sí, allí seguíamos plantados, el uno al lado del otro, mirando al frente, esperando algo sin saber qué, sin decir nada. La situación era un poco cómica y un mucho incómoda. Estuve a punto de poner punto y final y largarme y dejar allí a ese tipo tan raro, pero antes de tirar la toalla, lo cual me resultaba hartamente complicado, principalmente por aquello que mató al gato, le hice una pregunta más que pensaba sería la última de aquella relación ya que bajaría a la calle, llegaría hasta mi coche y me largaría conduciendo tranquilamente hasta mi casa, como siempre.

-¿A qué estamos esperando? –le espeté a bocajarro cansado de aquel misterio y de aquella situación. Para mi sorpresa, el mendigo filósofo respondió de forma evidente; y me pilló por sorpresa.

-Sssshhhhh –dijo poniéndose el dedo índice cruzando los labios al tiempo que me miraba como si me estuviese reprendiendo, y añadiendo después-

ten paciencia.

Mi curiosidad aumentaba por momentos, no sé exactamente qué esperaba este mendigo pero, sinceramente, consiguió atraparme en la tela pegajosa e inevitable de la intriga y la incertidumbre. Jamás habría podido imaginar lo que esperaba, y apuesto a que nadie podría. He de añadir, a tiempo pasado, después de haber estado con este personaje, que lo que esperaba, lo que esperábamos allí plantados como pasmarotes, me sorprendió y jamás lo habría adivinado como tampoco podré olvidarlo. Pero sigamos...

Allí estábamos, de pie, mirando al fondo de aquel largo pasillo enmoquetado y esperando Dios sabía qué. El caso es que los minutos corrían, unas veces más rápido que otras pero pasaban. El tiempo avanzaba inexorable y ya se apreciaba cómo la luz en el exterior cada vez era más débil, el cielo se oscurecía y aunque no era tarde, el ocaso caía sobre nosotros de forma implacable; se hacía de noche, y nosotros allí plantados. De vez en cuando giraba la cabeza para mirar a mi gran acompañante para ver si por fin se apreciaba algo en su rostro que indicara que en breve ocurriría lo que llevábamos un buen rato esperando. Fu entonces cuando, una vez más, el mendigo inició una nueva conversación, esta vez, como venía siendo habitual, con una pregunta.

-¿Tienes amigos?

Era una pregunta sencilla pero venía cargada de connotaciones personales y barruntaba dónde iba a desembocar.

-Sí, aunque no salgo mucho con ellos –le espeté.

-¿Y eso?¿No son tus amigos? Cuando uno tiene amigos quiere pasar la mayor parte del tiempo con ellos, si se puede, claro.

-Bueno, quizás hubo un tiempo en el que si fueron mis amigos pero me fui distanciando de ellos sin un motivo concreto –me estaba confesando. Aquello que estaba contando al mendigo jamás lo conté a nadie, y ahí estaba yo, despotricando temas personales como si no hubiera un mañana- hombre, siempre puedo volver a ellos cuando los necesite.

-No lo dudo pero supongo que sabrás, y si no es así yo te lo digo, que los amigos no esperan eternamente.

-Hombre, los conozco desde que éramos niños y seguro que si los llamo me tratarán como siempre –No estaba seguro de a quién quería engañar, si al mendigo o a mí mismo- aunque también es posible que tengas razón y ya no quede gran cosa de lo que hubo.

-¿Sabes? –comenzó a decir y enseguida me di cuenta de que comenzaba otra de sus lecciones. No sabía dónde acabaría aquello pero en cualquier caso me interesaba lo que aquel sinteco pudiera decir al respecto-. La amistad hay que cuidarla, es como la novia de uno, si no la cuidas, te deja; con la amistad pasa lo mismo, hay que cuidarla cada día.

-No sé, dicen que un amigo es para toda la vida.

-Sí, no lo voy a negar –replicó con toda la razón- pero si no lo cuidas, si no mimas la amistad día a día, al final ésta se resiente y se deteriora, es muy frágil, créeme, y se puede quebrar en cualquier momento.

-Pues yo, cuidarla, lo que se dice cuidarla, no la he cuidado mucho.

-Pues me temo entonces que de amigos irás justito

-Es posible –confesé por fin- si lo analizo bien seguro que más de uno me trataría de forma distinta a lo que yo recuerdo.

-No lo dudes –aseguró el mendigo, y lo peor de todo es que su seguridad, el convencimiento que mostraba al hablar, me dejó un poco desconcertado, entre otras cosas, porque en mi fuero interno sabía que era cierto-. Todos necesitamos un amigo a quien contar nuestras penas, nuestras batallitas, lo bueno y lo malo que nos ocurre, incluso necesitamos un amigo para escuchar sus penas, cuidarlo, entenderlo, para compartir aquello que no compartirías con nadie más.

-Si... Estoy de acuerdo –confirmé- pero no es algo sencillo.

-Nadie ha dicho que sea sencillo, pero si tienes un amigo, cuidarlo es algo que casi se hace solo... Es un decir –realmente no era sencillo y el mendigo lo sabía muy bien- la convivencia, el compartir sin esperar nada a cambio, sacrificarte desinteresadamente por alguien... Nadie ha dicho que sea fácil, pero en mi opinión merece la pena.

-No sé, es posible que no sea tan necesario, de hecho llevo mucho tiempo sin amigos y se puede vivir –dije cargado de razón.

-Claro, por eso estás aquí, conmigo –reprochó sin miramientos a modo de enseñanza- porque no te hacen falta amigos.

Me quedé pensando en aquellas últimas palabras cargadas de razón; no tenía a nadie con quien hablar de nada, conocía a mucha gente pero amigos a los que hacerles las confianzas que se le hacen a un amigo tenía muy pocos. Es posible, incluso, que si hubiese tenido amigos no habría llegado al punto en el que me encontraba. Los amigos te dan algo que nadie más te puede dar, ni siquiera un hermano, es un vínculo

humano difícil de explicar pero real y palpable.

-Y dime, ¿por qué crees que no tienes amigos? –inquirió volviendo la cabeza y clavando su mirada en mí a la espera de una respuesta.

-Pues no sé –respondí sinceramente- es posible que sea porque no me he molestado en ello, aunque no sé cómo he podido caer en ese error.

-Bueno, precisamente este es un error muy común en el que caemos todos tarde o temprano –intentó consolarme sin mucho éxito- y los principales culpables son el trabajo y las relaciones íntimas de pareja.

-Admito que tienes razón –no podía por menos que darle la razón al mendigo filósofo pues era irrefutable lo que decía- en mi caso empecé a perder el contacto con mis amigos cuando comencé a salir con una chicha que, para colmo, me dejó a los dos años y cuando esto ocurrió ya había perdido todo contacto con mis amigos. Al final pasa lo que pasa... lo vas dejando, lo vas dejando, hasta que pierdes el contacto definitivamente.

-Es importante que no olvides lo que es y lo que supone la amistad –añadía el mendigo filósofo zanjando el tema- es uno de los pilares del espíritu humano, sin la amistad uno se queda a medias. Eso sí, hay que distinguir entre la amistad verdadera y la falsa.

-Claro. Supongo que te refieres a los que aparentan ser amigos –el mendigo filósofo me miraba ahora mientras le hablaba, y lo hacía con una cara de satisfacción que supe interpretar rápidamente- para conseguir algo pero que a la mínima de cambio te dejan. La verdad es que me he encontrado con este tipo de “amigos” en varias ocasiones pero cuando llevas un tiempo con ellos se les ve el plumero.

-Cierto, muy cierto –añadió mientras volvía a fijar su mirada en el insulso pasillo- creo que empiezas a ver las cosas claras. Hay que llevar cuidado con estos amigos ya que muchas veces, aquellos que crees que son amigos, dejan de serlo por motivos tan despreciables como la envidia.

-Si, y conozco más de un caso. Por cierto –no pude evitarlo, me estaba impacientando a pesar de que la conversación me resultaba interesante- ¿puedes decirme a qué estamos esperando? Llevamos aquí un buen rato y se está haciendo de noche.

-Quiero mostrarte algo pero necesito que tengas paciencia.

No me quedaba otra alternativa, a esas alturas no me iba a dar por vencido, no tenía nada que perder, ni tenía nadie con quien compartir mi vida y la sensación que abrigaba en mi interior de estar viendo cosas que por mí sólo no fui capaz de ver me hacía sentir bien, me daba más seguridad. Sentía que mi vida iba a cambiar pues sin saberlo en ese

preciso momento ya había tomado algunas decisiones que afectarían al futuro de mi vida, y esto era bueno.

El sintecho había hecho referencia, antes de preguntarle a qué esperábamos allí plantados, a la envidia y la había catalogado como "despreciable" y tenía toda la razón. ¿Qué es la envidia? La verdad es que es algo totalmente deplorable, algo que puede destruir tu vida de forma lenta pero inexorable y lo que es peor, puede hacer que acabes más solo que la una, porque al final nadie quiere tener cerca a un envidioso ya que te complica mucho la vida. Esa envidia se puede convertir en mal rollo con el resto de amigos. Sin duda se trata de uno de los sentimientos más perniciosos que el hombre puede sentir hacia sus semejantes.

Como si el mendigo filósofo estuviera leyendo mi pensamiento, volvió a hablar refiriéndose precisamente a eso, a la envidia.

-Y dime ¿tú eres envidioso?

-Pues supongo que algo tendré pero creo que no de forma preocupante –suponía que negar que uno tiene cierto grado de envidioso era como negar que todos llevamos un niño dentro- cuando a alguien le pasa algo bueno yo me alegro, sea quien sea.

-Si, ese es un indicativo importante y como bien has dicho, todos somos un poquito envidiosos, sólo que no es nada pernicioso, es lo que todo el mundo llama "envidia sana" –explicaba el mendigo con toda la razón del mundo-. Que hipocresía ¿no crees?

-Hipocresía por qué –inquirí un poco confuso- la envidia sana no es nada malo, no tiene por qué serlo. Cuando ves por televisión, por poner un ejemplo, que le ha tocado la lotería a alguien te alegras y sientes envidia sana porque te hubiera gustado que te tocara a ti ¿Es así o no?

-No lo niego pero cuidado, al final estamos hablando de envidia, desear para uno mismo lo que tienen otros, y esto, amigo mío, nunca es bueno, aunque aparentemente parezca algo inofensivo –lo mejor de todo es que este hombre siempre tenía razón, es lo que me llamaba la atención de él, tenía muy claras las cosas, como si hubiese vivido doscientos años y visto y experimentado de todo-. Conozco casos de amigos que han dejado de serlo por el simple hecho de tocarle la lotería a uno de ellos, poca cosa, no hablamos de millones de euros, sino de un par de cientos de miles, algo que te desahoga pero no te saca de pobre. Pues bien, estos amigos que te comento dejaron de serlo porque uno de ellos entendía que el afortunado debía pagar las cervezas cada vez que iban de marcha, por el simple hecho de haberle tocado la lotería.

-Entiendo. Conozco algún caso similar –aporté mi granito de arena al

conocimiento del sentimiento en cuestión.

-Seguro, estamos permanentemente rodeados por casos de este y otros muchos tipos –añadió- pero déjame que termine de contarte lo que le ocurrió a estos amigos.

-Claro, discúlpame pero déjame añadir una cosa -no pude darle todavía el tiempo de palabra, necesitaba añadir alguna cosa más- Hombre, entiendo a las dos partes aunque me parece que el afortunado podía ponerse un poco más en el lugar del amigo envidioso, es posible que pagarse la cerveza le supusiera un esfuerzo económico importante –opiné a sabiendas de que esa opinión sería rebatida con facilidad.

-Es decir, como tú trabajas tienes que llevar una cartera a parte para dar limosna a todo aquel que te pida –dijo mirándome y poniendo los brazos en jarras.

-Vaya, visto así... De todas formas, tu eres un mendigo y eso sería ideal para tí y los que están en tu misma situación.

-Sí, pero hablamos de tí y de gente como tú, no como yo –creí que se molestaría por aquel comentario pero nada más lejos de la realidad-. Puedes verlo como quieras, al final la conclusión es la misma “deseamos lo que tienen los demás, lo que vemos, lo que no tenemos”. La diferencia estriba entre los que saben controlarlo (envidia sana), y los que no –se puso serio, pero lo entendí como una seriedad pedagógica-. Hay familias que se han roto por la dichosa envidia.

-Sí, lo sé –no pude por menos que darle la razón porque sabía de buena tinta que lo que decía era cierto.

-Por eso, piensa en la envidia, lo que supone para tu vida, para tu forma de ser. Cuando seas tentado por la envidia recuerda esta conversación, no caigas en su oscura red porque estarás perdido. Cada uno tiene lo que tiene y ha de aceptarlo tal cual. Deseando lo que tienen los demás sólo conseguirás ser más infeliz todavía pues casi con seguridad te puedo decir que será muy difícil conseguir lo que otros tienen, sencillamente porque no es para tí y esto hay que tenerlo claro y aceptarlo.

-Una vez más, admito que tienes razón, nunca me había parado a pensar en ello tan detalladamente pero sí, es cierto –era como si hubiese visto la luz una vez más aquella tarde, como si hubiese conseguido entender otra parte de mi ser para conseguir llegar a donde quería llegar, es decir, ser feliz y estar contento conmigo mismo-. Hay que aceptar lo que uno es y lo que uno tiene y creo que hasta que esto no se consigue no se puede ser una persona plena.

-Bingo –espetó el mendigo al tiempo que daba una palmada- así es. Espero que no lo olvides nunca, es importante que destierres la envidia de tu personalidad, además lo notarás en los demás también, se acercarán más a tí porque no se verán amenazados, ni presionados, ni insultados, te verán como una persona que va por el mundo con lo que es y con lo que tiene –en este punto el mendigo dejó de hablar en seco, miró al suelo pensativo y añadió- y cuando seas así te tendrán envidia a ti y volverás a entrar en la rueda, aunque en tu mano está el rodar o no. Es complicado porque el ser humano es complicado. No existe la perfección en la forma de ser ni en la personalidad, somos imperfectos por naturaleza y esto hace que exista la envidia, el odio, el rencor, etc.

-¿Sabes? Creo que me estás ayudando mucho ya que hay cosas en mi vida que tengo que cambiar y que las he detectado gracias al rato que llevamos aquí hablando –confesé emocionado, principalmente porque sentía lo que decía, me sentía distinto, cambiado, estaba desapareciendo la nube gris que se cernía inevitablemente sobre mí-. Te doy las gracias por ello.

-No se merecen –afloró la modestia en el mendigo, aunque algo me decía que no se trataba de modestia- sencillamente hemos hablado, has sido tú el que te has dado cuenta de las cosas que te faltan y que te sobran en tu vida para poder ser más feliz.

-Pero nunca habría llegado a estas conclusiones si alguien como tú no me hubiese guiado.

-Me alegro de haberte ayudado en cualquier caso, aunque te confieso que lo mejor está por llegar –en ese momento volvió a mirar al pasillo. Allí estábamos los dos, de pie, frente a aquel largo pasillo y cada vez más oscuro pues el sol se retiraba silencioso para dar paso a la espesa negrura de la noche. Pero en esta ocasión mi cara ya no mostraba indiferencia o incredulidad, sino satisfacción. Y en ese momento decidí que esperaría allí, con el mendigo filósofo, todo lo que hiciese falta, me daba igual el tiempo, sabía que lo que quería mostrarme merecería la pena, como todo lo que habíamos hablado hasta ese momento.

Aquella tarde aprendí mucho. Aprendí, o mejor dicho, entendí lo que la vida significa, lo que hay que hacer y también lo que no hay que hacer. Hay verdades empíricas a las que nadie puede oponerse, ni tan siquiera juzgarlas ni ponerlas en tela de juicio pues son ley, ley de vida.

Habíamos hablado de muchas cosas que habían hecho mella en mí, si bien es cierto que en un principio estuve a punto de irme y dejar a aquel mendigo allí plantado, pero incluso éste, estoy seguro, sabía que no lo haría porque en el fondo sabía que yo necesitaba oír estas cosas y oírlas además de aquella forma, bien explicadas para poder ser bien entendidas. Habíamos hablado de cuatro conceptos que son imprescindibles en la vida

de cada persona, conceptos que todos deberíamos tener en cuenta y, de vez en cuando, pensar en ellos, principalmente para no olvidar lo que es importante en la vida. Como digo habíamos hablado de la felicidad, de la paciencia, de la amistad e incluso de la envidia. Cuando lo piensas no puedes estar más de acuerdo con este sin techo. Eran cosas todas aquellas que necesita el alma humana para desarrollarse, quitando la envidia de la que hablamos, en mi opinión, porque el mundo hoy en día está lleno de esta, está por todas partes y lo embriaga todo. Si no llevas cuidado te devora por dentro y por ello considero que aquel mendigo me puso sobre aviso para que estuviera prevenido y atento para eliminar su rastro en cuanto sintiera su presencia.

Allí seguíamos... Y me daba igual, esperaré allí, con aquel mendigo hasta que apareciese aquello que estaba esperando, fuese lo que fuese. Necesitaba aprender lo que el mendigo filósofo tenía que enseñarme, mostrarme, guiarme. Lo curioso es que volvió a hablar y en esta ocasión, como de costumbre ya aquella tarde, empezó con una pregunta que a primera vista no tenía mucho sentido pero que enseguida entendí y aprecié.

-Mientras salen, dime, -por el amor de Dios ¿quién tenía que salir y de dónde? Ni corto ni perezoso el mendigo fue hasta el surtidor de agua que había justo al lado de la puerta del ascensor, cogió un vaso de plástico y le echó agua. Cuando llegó de nuevo hasta mí me entregó el vaso de agua- ¿Qué es lo que te sugiere esto?

Dudé un momento porque la respuesta era más que obvia y la pregunta rara como ella sola, pero enseguida entendí por dónde iban los tiros.

-Un vaso con agua -le dije con cara de lelo.

-Sí, esa es la parte fácil -sonrió- pero intenta ser un poco más profundo ¿Qué tienes en la mano?

-Un vaso medio lleno de agua, no sé -y era verdad, no sabía cómo podía ser más profundo para describir lo que tenía en la mano.

-Exacto -estalló. Casi me asustó y todo-. Eso es, me alegro que hayas respondido así ya que por lo que tardabas me estaba temiendo lo peor.

-Ahora sí que no te sigo, no entiendo a qué te refieres.

-Eres una persona positiva -acabáramos. Quería saber si era una persona positiva o negativa- esto hará las cosas más fáciles a la hora de poner remedio a esas cosas de tu vida que hay que arreglar.

-Entiendo -aclaré-. Sí, siempre he sido una persona positiva aunque

últimamente estoy decaído, me pesa mucho la vida.

-Bueno, seguro que ahora menos, a juzgar por lo que me has comentado antes.

-Claro, sin duda, te confirmo que mi vida ha cambiado desde ya, no sé cómo lo has hecho pero así ha sido.

-Pero necesito confesarte algo más que vas a necesitar en tu vida para que esta sea plena –añadió haciendo gestos de evidencia con las manos y poniéndose frente a mí.

-Cuéntame, soy todo oídos.

-Es sencillo, aparentemente, pero... -vaciló un poco antes de concluir el acertijo- tienes que procurar rodearte siempre de gente positiva y alejarte de la gente negativa.

-Hace algún tiempo, un amigo me aconsejó lo mismo –confesé, pues así era, mi amigo Iván me pidió que me alejara de la gente negativa- aunque es difícil ya que hay gente que es negativa pero está muy vinculada a tu vida. Puede ser un hermano, un amigo, etc., y no vas a abandonarlos por ser negativos.

-Tienes que rodearte de gente positiva para que atraigas cosas positivas a tu vida –afirmaba con rotundidad-. Si te rodeas de personas negativas al final tú también serás negativo, tu vida será negativa. Debes atraer a tu vida cosas positivas.

-Lo sé, es lógico, pero ya te digo que hay veces que no es tan fácil.

-En esos casos, intenta aportar tú la positividad a sus vidas. Ten en cuenta que hay personas negativas temporales y personas negativas permanentes –el tema se ponía atractivo, cada vez que empezaba con estos enigmas, la conclusión solía ser curiosa-. Las personas temporalmente negativas son así por una circunstancia con fecha de caducidad, bien sea por estar atravesando una enfermedad, por la pérdida de un ser querido, por un problema en el trabajo, etc. En cambio los que son negativos permanentes –hizo una pausa para frotarse las manos y mirar al suelo para, supuse, encontrar la mejor expresión con la que decir lo que tenía en la cabeza- lo son para siempre, son así, siempre lo han sido. Son personas negativas por vocación y estos son los que hay que evitar, nunca cambiarán.

-Entiendo.

-De verdad, es necesario que te rodees de gente positiva y huyas de los negativos, lo notarás en tu vida, y por supuesto piensa siempre en

positivo; atrévete a ser positivo –se le veía emocionado, sentía lo que estaba diciendo, lo creía de verdad- agradece todos los días lo que tienes, plántate delante del espejo y di convencido “hoy voy a tener un buen día, son un tío positivo y todo lo que me pase hoy será positivo”.

-Sinceramente, por como me lo dices me está apeteciendo decirlo ahora mismo –confesé a punto de estallar, aquel mendigo me había contagiado con su positividad y con su emoción al decirme aquello.

-Pues dilo, grítalo.

-¿Aquí en medio? –miraba a mi alrededor a sabiendas de que no había ni un alma pululando cerca, pues todo el mundo se había ido ya a casa y, como mucho, algún jefe de empresa podría quedar.

-SI –gritó él. Y siguió gritando- ¡¡DILO!! ¡¡GRITALOOO!!

-SIIIII –no pude evitarlo, me contagió por completo y exploté- SIIIII ¡¡SOY UN TIO POSITIVOOOO!! ¡¡TODO EN MI VIDA ES POSITIVO!!

-ESO ES. REPITELO OTRA VEZ.

-¡¡SOY UN TIO POSITIVO Y TODO EN MI VIDA ES POSITIVO!!

-Bien -dijo más relajado, sin gritar- es importante que recuerdes que ser positivo es el 70% de una vida plena y feliz.

-Lo recordaré, sí.

Que razón tenía el mendigo filósofo. La positividad es importante en la vida de cada persona ya que de no ser positivo hay que afrontar situaciones que cada vez van minando más y más el paso por esto que algunos llaman experimento extraterrestre y que otros, los más, llamamos vida.

Volvimos a quedarnos callados y allí estábamos los dos, de pie frente a aquel largo pasillo, ahora en tinieblas, sin tener noción de las horas que llevábamos allí plantados y hablando de la vida y sus peculiaridades. El mendigo filósofo no se movía y sin embargo parecía más inquieto que hacía unos minutos y miraba a la calle por la ventana que teníamos a la espalda, supongo, por lo que deduje después, para controlar el tiempo a su manera, por el nivel de oscuridad quizás. El caso es que miraba a la ventana y luego volvía la mirada al pasillo, parecía que se acercaba el momento de algo.

-Presta atención.

-A qué. No veo nada.

-Sssshhhhh –chistó con el dedo índice en los labios pidiendo silencio-
espera, ya no pueden tardar mucho

-Pero dime de qué se trata, me tienes en ascuas.

-Aguarda un momento por favor –me pidió educadamente sin dejar de
mirar al pasillo y con la palma de la mano derecha hacia mí indicando stop
- ya no pueden tardar.

A partir de ese momento empecé a escuchar algunos ruidos, entre otros
un leve taconeo de pasos. Provenían del pasillo. Probablemente todavía
quedaba alguien, algún rezagado, ratas de oficina que viven por y para
ello, aunque normalmente se trataba de jefes de empresas que quieren a
estas más que a su propia vida, como si fuese su hijo.

Pasamos unos minutos sin decir nada, sencillamente escuchando los pocos
ruidos que se oían en aquella planta, ruidos, al parecer, de gente que
estaba recogiendo para terminar su jornada laboral y marcharse a casa.
Se oían también algunas voces, masculinas y femeninas, no sabría decir si
eran muchos o pocos pero la sensación es que eran pocos pues no había
barullo.

-Sssshhhhh –ahí vienen.

No dije nada, ni pregunté de qué se trataba, enseguida lo iba a descubrir
por fin. El motivo por el que habíamos subido hasta aquella planta,
habíamos estado hablando de tantas cosas interesantes, habíamos
permanecido de pie, esperando largo rato. Ese momento se acercaba,
estaba próximo y yo tenía una curiosidad que de haber sido gato habría
muerto. Enfrascado en mis pensamientos, comencé a oír, cada vez voces
cada vez más cerca, parecía que una de aquellas puertas, en mitad del
pasillo, más o menos, iba a abrirse; alguien se iba a casa ¿Y qué tenía eso
de interesante?

Por fin se abrió la puerta. El mendigo frotándose las manos, era como si
estuviera ansioso de ver a los que salían en ese momento de la oficina
que fuese, no sabría decir a qué empresa correspondía aquella puerta.
Para mi sorpresa y, debo añadir, para mi decepción, los que hicieron
aparición en el pasillo fueron dos personas ya entradas en años a los que
había visto en alguna ocasión a la entrada o a la salida del edificio, o a
tomar un café, eso sí, siempre juntos. Primero salió ella y después él que
fue el que se encargó de cerrar la puerta y tras esto los dos emprendieron
camino hacia el ascensor, lo más normal del mundo. No sé qué podría
haber de extraordinario en aquellas personas.

-Son el señor y la señora Gómez –informó el mendigo antes de que llegaran a nuestra altura-. Necesito que cuando lleguen te fijas bien pues en ellos está la clave de todo; todo lo que hemos estado hablando se resume a una cosa y me gustaría ver si, después de todo lo que se supone has aprendido de la vida, eres capaz de averiguar a qué me refiero pues esta es la última lección que te queda por aprender para entender cómo llegar a una vida plena.

-Ok –acerté a decir.

Una vez estuvieron a nuestra altura, algo extrañados pues nuestras miradas resultaban ser algo inquietantes para ellos, lógicamente, fueron ellos los que se decidieron a hablar.

-Buenas tardes señores –saludó el hombre cuando llegó hasta la puerta del ascensor, eso sí, sin desprenderse de su señora y al tiempo que marcaba el botón de llamada del ascensor-. ¿Puedo ayudarles en algo?

Ni el mendigo ni yo dijimos nada en un primer momento, no sé si el mendigo filósofo estaba esperando que hablase yo. Lo que sí recuerdo es que aquel mendigo se quedó mirándoles con cara de gratitud, podría decir, incluso de complacencia, ciertamente no sabría cómo describir la mirada del sinteco pero era sin duda una mirada de bondad. Cuando cayó en la pregunta que el señor Gómez nos hizo, el mendigo sacudió ligeramente la cabeza y, por fin, respondió.

-Buenas tardes tengan ustedes también –saludó haciendo incluso una pequeña reverencia, sutil pero fue algo que aquella pareja captó al instante, hasta tal punto que al hombre se le vio claramente cómo se relajaba pues estaba un poco tenso y es que la situación no es para menos. Sales de la oficina, con el edificio prácticamente vacío y te encuentras a dos personas, uno de ellos vestido como un indigente, que te miran sin parar, hombre, yo entiendo que el señor Gómez estuviese, en un primer momento, un poco en guardia. Era buena gente y se le notaba. Por sorpresa para mí, el mendigo filósofo respondió a la pregunta del señor Gómez.

-Pues sí, la verdad es que si nos podría ayudar pues nos surge una duda –fue un poco atrevido, yo no sabía cómo iba a reaccionar aquel señor ni tampoco sabía cuál era esa duda que nos había surgido, pero el mendigo enseguida me sacó de dudas aunque fue una duda un tanto extraña, al menos para mí- ¿Son matrimonio?

El señor Gómez se giró para mirar a su acompañante y sonrió ante la pregunta tan inesperada.

-Si, así es. Llevamos casados 40 años –el señor Gómez presentó una cara de complacencia cuando dijo el tiempo que llevaban casados que me dio

algo de envidia, sana claro, ternura más bien. Dudo que hoy en día muchos matrimonios lleguen a cumplir tantos años juntos-. ¿Por qué lo pregunta?

-Les he visto varias veces salir del edificio y siempre me han parecido una pareja ejemplar –le faltaba la lágrima asomando al mendigo; estaba realmente enternecido y nuestros interlocutores se percataron.

-Es verdad, hoy en día las parejas aguantan muy poco –añadió la señora Gómez que todavía no había abierto la boca.

-Cierto –asumió el mendigo- y díganme, si nos es indiscreción ¿Cuál es su secreto?

La pareja se miró el uno al otro y añadió el señor Gómez.

-Pues si quiere que le diga la verdad, no lo sé –respondió mirando momentáneamente al suelo, como evaluando la pregunta del mendigo e intentando reconocer los motivos por los que él consideraba que todavía estaban juntos-. Creo que es cuestión de mantener ante todo y sobre todo el respeto mutuo, el cariño, la pasión de disfrutar juntos de todas las cosas.

En ese momento sonó la campanita del ascensor indicando que éste había llegado ya, de hecho se empezaron a abrir las puertas.

-Claro, algo tan sencillo de entender y tan complicado para mucha gente de aplicar –añadió el mendigo filósofo. Acto seguido empezaron las despedidas- Bien, muchas gracias por la respuesta y sepan que les deseo lo mejor en la vida y que sigan juntos muchos años más pues si siguen como hasta ahora, el resto de sus vidas serán plenas, estoy convencido.

-No las merece, faltaría más –se despidieron también el señor y la señora Gómez- también le deseamos lo mejor en la vida a usted –en ese momento el señor Gómez se metió una mano en el bolsillo y mientras su mujer mantenía allí el ascensor sin permitir que las puertas se cerrasen, se acercó a nosotros y sacó la mano del bolsillo con un billete de cincuenta euros que le ofrecía al mendigo- coja esto por favor, me ha caído simpático.

-Nada de eso, no puedo aceptarlo, gracias a usted por vivir –el mendigo evitó coger el billete para sorpresa mía y del señor Gómez.

-Pero seguro que le vienen bien... -miró de arriba abajo al mendigo- cómprese algo de ropa y algo de comer. Parecía que yo no estaba allí. Sinceramente debo añadir que no estaba, era algo entre el mendigo y el señor y la señora Gómez, yo me sentía como transparente, un mero

espectador, pero no me importaba, estaba flipando con aquel encuentro.

-Créame, tengo todo lo que necesito y soy feliz con lo que tengo, de verdad –ahora sí, creí que en aquel momento se pondría a llorar de emoción- y más con la muestra de humanidad y de eterna relación entre usted y su querida mujer.

-Ah, pues, en fin –el señor Gómez también estaba flipando ¿qué mendigo desprecia cincuenta euros de aquella manera?-. Lo dicho, que la vida le sea propicia.

En ese momento el señor Gómez se guardó de nuevo el billete en el bolsillo y se metió en el ascensor con su mujer, pero antes de que las puertas se cerraran ambos se despidieron por última vez de aquel extraño mendigo diciéndole adiós con las manos.

Cuando la pareja de ancianos desapareció tras las puertas del ascensor, todavía nos quedamos un par de minutos inmóviles, plantados frente al ascensor, asimilando aquel encuentro lleno de ternura, de cariño y de respeto. Tras esos minutos, el mendigo se giró lentamente hacia mí y lo que vi me abrió las carnes, estaba deshecho, lloraba. Los ojos los tenía encharcados en lágrimas y su expresión, su expresión... Una vez más, desprendía algo que sentaba muy bien, te hacía olvidarte de las cosas que no tienen importancia en la vida, de los problemas; de repente me entraron unas ganas tremendas de abrazar al misterioso mendigo pues, sinceramente, creo, y esto es algo que siempre pensaré pero que nunca podré confirmar, estaba esperando precisamente eso, un abrazo. Los pelos de mis brazos se erizaron de la emoción y mi piel pasó de ser lisa a parecerse a la de un pollo, y todo fue producto de la emoción, un tibio escalofrío recorrió mi cuerpo de arriba abajo. La expresión de la cara que vi en el mendigo me produjo esa sensación que hacía tiempo no sentía y que agradecí sobremanera. Algo me decía que aquella reunión tan especial estaba llegando a su fin. En ese momento el mendigo volvió a hablar.

-No puedo evitarlo –se tapó la cara con ambas manos, como si fuese a cambiar de cara con aquel gesto- ¿no te ha parecido precioso?

-¿Qué la pareja siga junta pese a los años? –inquirí algo confuso-. Me parece envidiable, de verdad, pero hay muchas parejas que llegan a viejos estando juntos.

-Es posible, pero ¿no te ha llamado nada la atención en el señor y la señora Gómez?

-Que se querían mucho y se respetaban –expliqué de forma muy superficial. No conseguía ver a donde quería llegar el mendigo con

aquellas preguntas.

-Sí, pero algo hay por encima de todo eso, algo que hace que esos sentimientos puedan perdurar en el tiempo, algo que consiga mantener despierta la llama.

-De verdad, no sé a dónde quieres ir a parar –le dije sinceramente ya que realmente no entendía lo que me quería decir.

-Escúchame –acompañando esta palabra el mendigo extendió sus manos hacia mí, como si estuviese agarrando una tinaja invisible- todo lo que hemos estado hablando aquí esta tarde tiene un nexo de unión, algo por lo que se consigue unir todo aquello que sentimos y que hace que esos sentimientos sean uno y así consiguen ser sentimientos fuertes, inseparables, incontrolables. Necesito que lo entiendas y descubras por ti mismo lo que hará que todo esto que hemos hablado tenga sentido, de lo contrario la tarde que hemos pasado aquí hablando no habrá servido para nada. Aquello que decías que ya estaba solucionando tu vida, no tendrá fuerza y se vendrá abajo pues todo eso no se sustenta por separado, inevitablemente debe ir unido y esta unión sólo puede conseguirla una cosa, un sentimiento que lo abarca todo –en ese momento bajó las manos y su cuerpo se relajó sin dejar de mirarme. Finalmente hizo algo que no me esperaba... me puso una mano en el hombro y añadió muy tranquilo- necesito que me digas que es lo que en la vida une la felicidad, el respeto, el cariño, etc., y que además excluye lo malo, lo dañino para el alma. Dímelo por favor.

No dejé de darle vueltas, parecía tan obvio. Estaba claro que era algo que enternece a la gente, la unía, lograba que el respeto, el cariño y todos esos sentimientos bonitos, agradables tuvieran su razón de ser. En ese momento, sin saber por qué, me vino a la mente, como retrocediendo unos minutos en el tiempo, la imagen del señor y la señora Gómez, pues estaban unidos por aquello tan misterioso que decía el mendigo. La imagen era idílica: una pareja casi de ancianos, unidos en el tiempo y hasta el fin de los días, con gran respeto, cariño, con ternura, acaramelados, como si fueran novios permanentemente y cada día consiguieran mantener la llama encendida. Y en ese momento caí. Claro. Era tan evidente, ahora lo veía tan claro que por eso precisamente no me daba cuenta de ello, lo tenía ante mis narices. El mendigo estuvo toda la tarde hablándome de las cosas que importaban en la vida, de algunas incluso que había que desterrarlas de la misma, pero en definitiva hizo que centrara mi atención en aquello que merece la pena observar, experimentar, transmitir; y era cierto, todo estaba unido por algo sin lo cual lo demás no tenía sentido.

-Ya sé que es lo que mantiene unidas todas esas cosas –informé con los ojos humedecidos. Ya ves, el simple hecho de pensar en ello me

ablandaba el corazón.

-Créeme, mantiene el mundo en marcha. Sin ello nada tendría sentido
-mientras decía estas cosas sonreía, cada vez más-. Dímelo ya, por favor.

-El amor -no quise alargarlo más, tenía que decírselo-. El amor es el motivo de vida de los seres humanos, lo que nos da la vida realmente, lo que permite que podamos vivir toda la vida con otros seres humanos, lo que une la felicidad, el cariño, el respeto y tantas otras cosas en la vida -no podía parar de decir cosas, era como si la vida me fuera en ello, tenía que decirlo todo, todo lo que llevaba dentro- es, y ahora lo veo claro, la energía que mueve el mundo.

El mendigo filósofo se descansó, su cuerpo se destensó por completo, y una lágrima se desprendió de su ojo derecho y fue el colofón. Dejé de contenerme más e hice algo que me sorprendió a mí mismo pero, he de admitirlo, no pude detenerme, fue como un impulso incontenible, algo que tenía que hacer en ese momento. Sin esperar más me abalancé sobre el mendigo y le di el mayor abrazo que jamás he dado a nadie, ni a mis padres, y aquello fue como como la eclosión de un huevo trayendo una nueva vida al mundo, fue la muestra de amor más fuerte que jamás haya sido capaz de dar... O recibir.

-Eso es -dijo mientras estábamos allí en medio abrazados. Enseguida añadió algo que terminaba de atar cabos de nuestro segundo encuentro, después de mi trabajo- ¿Recuerdas que cuando nos vimos por segunda vez te dije que no me podía ir porque tenía una deuda pendiente?

-Si, lo recuerdo -confirmé- ¿Por?

-Bueno, la deuda pendiente eras tú. Sabía que necesitabas ayuda.

-Vaya, me alegro, de verdad.

-Gracias por cambiar tu vida -no sabía en qué podía beneficiar esto a aquel mendigo pero era evidente que algo había. Además lo decía completamente convencido.

-Gracias a ti -respondí realmente agradecido- no hubiese llegado a esto si alguien como tú no me hubiese guiado. Gracias, de verdad -en ese momento nos separamos, el mendigo asintió con la cabeza sin dejar de mirarme, agarrándome fraternalmente de los hombros y añadiendo a continuación- estás listo ¿Nos vamos?

-Claro -aunque fui yo quien apretó el botón de llamada del ascensor, la verdad era que no quería irme. Aquella tarde que pasé con aquel mendigo fue algo especial para mí y no quería que se acabara. Era como si hubiese

vuelto a nacer y a partir de ese momento comenzaba mi nueva vida. Iba a dar los primeros pasos en esa nueva vida y me encontraba pletórico, lleno de energía y de vitalidad; quería besar y abrazar a todo el mundo; agradecer continuamente todo a todos, quería pasarme la vida agradeciendo las cosas, me apetecía. Realmente mi vida cambió aquella tarde.